

FilmoTeca

FILMS SELECTOS



50
cts.

CLAUDETTE COLBERT

FILMOTEC
de Catalunya

eleanor WHITNEY



(Fotos Paramount.)



MADGE EVANS (foto Metro-Goldwyn-Mayer.)



EXPRESIONISMO,
BELLEZA Y FEMINEIDAD
DE LA NUEVA ESTRELLA

PASTORA PENIA



lla muchacha considerada morbosa, vehemente en su sentir, soñadora de un vago e indefinible ideal, halla en la joven actriz una expresión rica en matices humanos, sentida, vivida... si decirlo así es expresar en un lenguaje simple la magnitud de la creación que esta artista realiza.

Pastora Peña posee, como una de sus cualidades más esenciales, el don de captación del público, porque reúne en armoniosa unidad

PASTORA Peña es, en el cinema, uno de esos casos sorprendentes de intuición, inteligencia artística y dominio de la propia personalidad al nacer. Hay algunos artistas que poseen cualidades muy singulares para el Séptimo Arte, pero que no saben dominar —o no consiguen administrar— su personalidad, lo cual da como resultado el que su carrera esté proñada de obstáculos y desaciertos por no seguir una ruta, orientada en las posibilidades artísticas del ente afectado.

En Pastora Peña, afortunadamente, no se ha dado este caso. Decimos afortunadamente, porque en ella vemos —y

entendemos que nunca pudimos percibir las dotes de una «estrella» con mayor perfección y agudeza en los sentidos— una de las figuras que, dentro de la nueva generación estelar de nuestro cine, han de sobresalir de una manera muy notable.

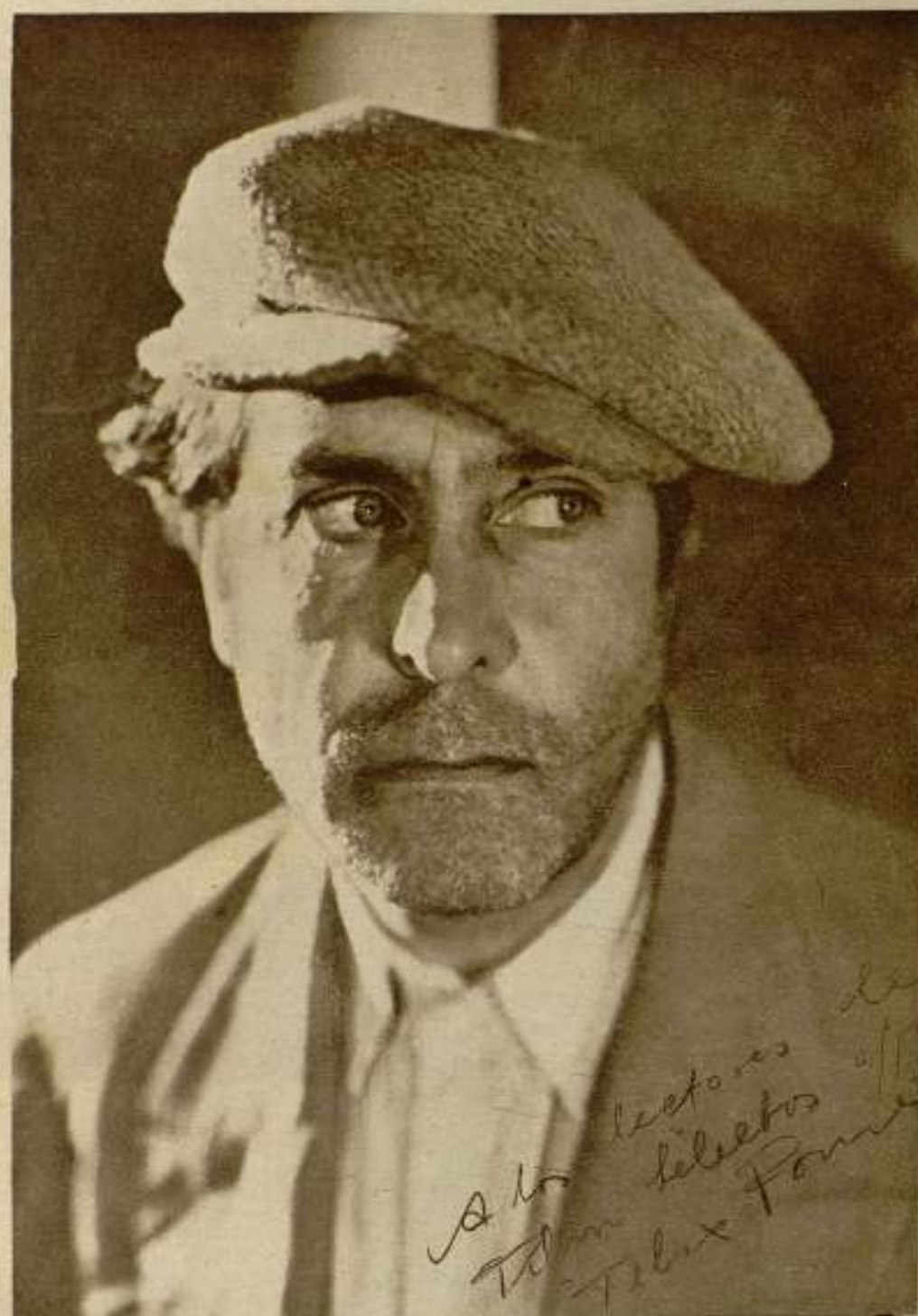
Pastora Peña ha hecho su debut cinematográfico en la última producción de Benito Perojo, «Nuestra Natacha», incorporando el papel de Marga, el de psicología más complicada entre todos los de la obra de Alejandro Casona. Aqué-

todas las gracias de la belleza y la femineidad, perennes a su gran talento de actriz dramática, dúctil, flexible, adaptable a las más extremas y distintas expresiones de ternura, amor, cariño, ira, dolor...

Tal vez porque en estas cinco sensaciones se apoya en muchos momentos la Marga de «Nuestra Natacha», es por lo que la simpatísimas Pastora Peña ha logrado hacer una creación definitiva de su personalidad.

JACK

SIGNOS DE CELULOIDE



FÉLIX DE POMÉS

PROTAGONISTA DEL PRIMER FILM DE MASAS QUE SE RUEDA EN NUESTRO PAÍS



Filmoteca
de Catalunya

NO puede negarse que Félix de Pomés es actualmente uno de los galanes más admirados de la pantalla española. Su sencillez y nobleza le han hecho granjearse no pocas simpatías, especialmente entre las mujeres que ven en él al prototipo del hombre fuerte y varonil, experimentado en todos los azares de la vida.

Sin embargo, de Félix de Pomés no es sólo la simpatía lo que interesa, sino su arte de bellas arrogancias, sincero y vigoroso, que siempre se pone de manifiesto en todas sus interpretaciones. Es el fiel reflejo del hombre ya maduro, el galán fuerte y de sentimientos nobles que también sabe ponerse sentimental para mostrar la grandeza de su corazón.

En «Aurora de esperanzas», su último film y el primero de tema social que se rueda en nuestro país, merced al Sindicato Unico de Espectáculos Públicos, vuelve a demostrar su gran clase de actor en un papel de complicada psicología, muy a tono con sus gustos y preferencias.

La acción transcurre antes y a poco de haber estallado la revolución española. El asunto es de un verismo y una emoción verdaderamente cautivadores. Se basa en una historia real, en los años de lucha y amargura de un ser a quien la vida le mostró su faz negra, y que no cejó de sufrir y padecer hambre hasta que fué comprendido por los demás hombres. Vida folletinesca la suya como pocas, psicología de vagabundo admirable, hombre y amante apasionado de la equidad y justicia, que no ha tenido igual en la historia de las desventuras humanas, por su audacia y poder de dominio hasta conseguir lo que se proponía: el triunfo de su ideal.

La existencia de Juan, el «sin trabajo» herido por los embates del destino y por la incompreensión de los poderosos, constituye el más emocionante y sensacional de los argumentos de carácter social que se han llevado a la pantalla. Dichá psicología de hombre va desarrollándose y evolucionando, desde el carácter franco y jovial hasta el doloroso y arrollador empuje de la voluntad del héroe, que, después de verse derrotado y hambriento, vagando sin rumbo por los muelles y calles de la ciudad, deja que se desencadene la ira para dejarse llevar por su temperamento rebelde, arrastrando consigo a la masa desheredada de la suerte, que hasta en-

tonces había permanecido insensible, como anestesiada, durmiendo al raso y con el estómago lleno de alimentos.

En las escenas de mayor espectáculo, donde la figuración adquiere singular relieve, la figura del actor se agiganta y delinea vigorosamente, en una sucesión de planos, bellamente captados, que tienen emoción y plasticidad.

En su ascensión hasta la fama, Félix de Pomés ha tenido pocos desmayos. Puede decirse que su carrera cinematográfica fué una cadena jalonada de aciertos. Sin ser de las más rápidas, tiene mayor estabilidad que obras.

Aunque antes de llegar a ser lo que es, lo fué todo en su vida, desde futbolista, boxeador y campeón de esgrima, hasta pintor y dibujante, pasando por trotamundos y hombre de aventuras en las selvas lejanas, no por eso ha dejado siempre de ser artista. No hubo ninguna película en que tomara parte que no se haya hecho notar su presencia, debido a su vibrante y acusada personalidad.

Con ser tantos los éxitos alcanzados por este artista polifacético, mayor es el que consigue en el film «Aurora de esperanzas», porque supera sus actuaciones anteriores. El es, en efecto, el hombre paternal y bueno que procura por el bien de su compañera y sus hijos, el amante solícito y leal que defiende su hogar, el desengañado y maltrecho que, ante el fracaso de su dolorosa búsqueda por procurarse trabajo, realiza el sacrificio de abandonar a los suyos, para vivir una existencia plagada de privaciones y miseria hasta ver salir la nueva aurora de esperanza, que es anuncio de redención.

Todo el desenfado y la despreocupación que son familiares en Félix de Pomés, toda la fuerza y expresión de los sentimientos que le animan se condensan y cobran interés insospechado en ese Juan el vagabundo, que tan magníficamente personaliza en «Aurora de esperanzas». El personaje creado por el argumentista responde plenamente a sus condiciones físicas e interpretativas.

Resulta admirable por su sobriedad. Vive, más que representa, el papel que le ha tocado en suerte en este film, donde late un anhelo de reformas sanas y moralizadoras, con un gran sentido del arte de las imágenes.

Manuel P. de SOMACARRERA

LOS hombres están furiosos contra los actores cinematográficos. Los astros del cine hacen la vida todavía más difícil al resto de los mortales. En cualquier situación que aquéllos se hallen, saben encontrar las palabras apropiadas y adoptar la pose conveniente, especialmente cuando se trata de escenas de amor.

Un actor cinematográfico puede convertir una escena de amor en el acto más sencillo y natural del mundo.

Los hombres adoptan una actitud superior al ver que las mujeres se embelesan ante la actuación de los astros de la pantalla; ellos conocen sobradamente que sólo recitan un texto aprendido de antemano, mientras que las mujeres no pueden dejar de creer que sus favoritos se comportan de igual forma en la vida cotidiana...

Si Robert Young demuestra tanta naturalidad en la pantalla es porque un acontecimiento memorable cambió el curso de su vida. Ni llegaba a recordar el día que conoció a Elizabeth Henderson. Desde sus primeros y vanos recuerdos infantiles, siempre tuvo por compañera de penas y alegrías a su gentil amiga. Juntos fueron a la escuela, más tarde cursaron los estudios de segunda enseñanza en el mismo colegio, sin que jamás aquella gran amistad sufriese el menor descaballo. Después la vida los separó.

La muchacha se matriculó interna en una universidad para proseguir sus estudios, mientras Robert iniciaba su lucha contra la realidad, primero como periodista, después empleado en un banco, hasta que al fin se le descubrió en un teatro de poca categoría y el cine le consagró como uno de sus primeros galanes.

Meses después, Bob casi la había olvidado, subyugado por el loco torbellino de Hollywood, pero una noticia, al parecer sin importancia, le hizo reaccionar. Elizabeth, terminados sus estudios, se había prometido con un desconocido.

Aprovechando una fiesta de caridad, Bob buscó a su antigua amiga y entre los dos hubo un cambio de sinceras confidencias. Ella le habló de su prometido, confesando que no creía llegar a ser completamente feliz, y entonces fué cuando, al verla triste e intranquila, Bob tuvo la gran revelación...

Y cogiéndole las manos, le dijo con gran ternura:

—¿Cómo quieres que te aconseje que te cases con él, cuando lo mejor es que lo hagas conmigo?—

Errol Flynn y Lily Damita se encontraron por primera vez en Inglaterra, y un



Errol Flynn y su esposa la encantadora Lily Damita.



La simpática pareja Valentin Parera y Grace Moore.



Robert Young con su esposa e hijo.

CUANDO LAS ESTRELLAS VIVEN LA VIDA...

mutuo sentimiento de atracción los acercó. Pero eran dos caracteres opuestos, demasiado orgullosos e intransigentes y su idilio se vió muchas veces truncado por un motivo trivial.

Lily se comprometió para salir una noche con Errol y «se le olvidó». El joven tuvo la sensación de haber sido burlado y se enfadó. Durante muchos días dejaron de hablarse. Reconciliados al fin, Errol, que perdonó, pero no olvidaba, tuvo idéntico «olvido» al de Lily y esta vez fué ella quien inició la ruptura.

De nuevo transcurrió el tiempo, y un día el destino los juntó en una fiesta. Al verse, sonrieron los dos y aquella sonrisa borró todo lo pasado. Quedaron citados y esta vez fueron puntuales. Errol le mostró una joya valiosa que trajo de los mares del Sur, y le preguntó si deseaba transformarla en un anillo, un anillo de prometida...



Gary Cooper con su bella esposa, la ex artista de la pantalla, Sandra Shaw.

—¿Conoces a esta deliciosa mujer? Desearía ser presentado.—

Fué de esta sencilla manera cómo Grace Moore y Valentin Parera se conocieron hace tres años. El último día de la travesía, cuando el sol naciente llenaba de rosados resplandores el horizonte, él murmuró:

—Quisiera que el día fuese eterno para no separarnos jamás.—

Así fué cómo Valentin solicitó el amor de Grace, quien había rehusado hasta príncipes... Y ella contestó:

—Yo también quiero estar siempre contigo.—

Se casaron en Cannes algunas semanas después.

Cuando Gary Cooper estaba en la universidad, se enamoró perdidamente de una linda compañera y su recto sentido de la honradez le movió a pedirla en matrimonio. Al ser aceptado manifestó con toda sinceridad sus deseos y legítimas ambiciones de llegar a ser un gran artista y, en consecuencia, le pidió que le esperase.

Gary conoció tiempos difíciles. Tuvo sus horas negras de desaliento y muchas veces sintió la tentación de renunciar a la titánica lucha contra el destino, hasta que le contristaron como «doble», con

un sueldo sencillo, miserable, casi insuficiente para atender sus propias necesidades. Y ella, cansada de esperar, se casó con otro.

El tiempo hizo de Gary Cooper un gran artista, colmó sus más caras ambiciones, conoció cuanto un hombre puede desear en la tierra, pero continuó soltero. Su «resistencia» al matrimonio dió pábulo a muchos y diversos comentarios, sin que al actor le importase mucho tanta publicidad inútil.

Pero el destino le puso frente a Verónica Balla, joven de la alta sociedad de Nueva York, conocida en la pantalla por el nombre de Sandra Shaw. Tres meses después le ofreció un anillo de diamantes; Gary lo juzgó más explícito que cualquier discurso.

En su primera actuación ante el lente, Franchot Tone trabajó junto a Joan Crawford. El argumento no señalaba ninguna escena de amor, pero el joven actor se enamoró como un colegial.

Pero Joan estaba demasiado desilusionada, fué demasiado desgraciada para no temer al amor y al matrimonio. El joven presintió toda la íntima tragedia de Joan y, comprensivo, le ofreció el desinterés de una leal, sincera y cariñosa amistad.



Los famosos astros del celuloide, Franchot Tone y Joan Crawford.

Príncipes, millonarios, literatos, hombres de Estado, músicos insignes, muchos fueron los que ofrecieron compartir su nombre y su fortuna con Grace Moore, pero la célebre diva vivía exclusivamente para su arte. El canto y la música tenían para ella un poder atractivo más intenso y apasionado que cualquier hombre. Hasta que embarcó en el «Illa de France», con rumbo a la vieja Europa.

Una mañana, paseando por cubierta, vió a un hombre que la contemplaba embelesado. Ella fingió no darse cuenta, pero murmuró a su secretario:

—Procura saber quién es este hombre... pues con él voy a casarme.—

Casi simultáneamente, Valentin preguntaba a un amigo:

ATRIUNFOS DE AMOR



Pat Peterson y Charles Boyer, otra pareja eminentemente cinematográfica. (Foto Fox.)

Sabía que las profundas heridas tardarían en cicatrizar, pero jamás, ni una palabra, ni un gesto, revelaron la intensidad de su amor. Cada día le mandaba un ramo de sus flores predilectas y la dolorida Joan aceptó, agradecida, el bálsamo consolador de aquella amistad y la ofrenda de las perfumadas gardenias.

Meses, semanas y días transcurrieron antes que la sonrisa floreciera otra vez en los labios de Joan; su corazón se abrió al cálido afecto de aquel sentimiento, que fué recíproco. Durante más de un año fueron dos amigos comprensivos y cordiales, hasta que un día Joan sintió que aquel sentimiento se transformaba en otro más dulce e íntimo. Si Franchot, cual verdadero paladín de la perseverancia, no hubiese guardado en el fondo de su alma el secreto de su amor, no habría alcanzado la felicidad que ahora goza al lado de su joven y célebre esposa Joan Crawford.

Charles Boyer nunca estuvo sinceramente enamorado, ni cruzó por su mente la más ligera idea de casamiento antes de partir hacia América. Consideraba como un infortunio el celibato, pero no intentaba rectificar su destino. Actor teatral desde los veintidós años, por su vida desfilaron muchas mujeres y, bien a pesar suyo, comprendió que, si bien todas adoraban al actor, ninguna se interesaba por el hombre.

A su llegada a Hollywood fué invitado a una comida íntima en casa de un gran productor. Allí se le presentó, recién llegada, una inglesa cuyo nombre recordó de una manera vaga y confusa; Pat Peterson.

Por su parte, la joven actriz puede decirse que hasta aquel momento casi desconocía la existencia de un actor francés llamado Charles Boyer. Los azares del destino los juntó en la misma mesa.

Después... él solicitó el número de su teléfono. La consecuencia fué, al día siguiente, una llamada a Pat y la cortés petición de almorzar en un conocido restaurante. De esta manera transcurrió el tiempo, encontrándose ambos diariamente, en la piscina, en el restaurante, en el cine...

Separados los dos, sentían la ausencia de algo agradable y atractivo; pero todos los pesares y preocupaciones desaparecían al encontrarse de nuevo y sentir la influencia de la presencia del ser querido.

Tres semanas habían transcurrido desde que fueron presentados, cuando en un cine, en el intervalo de dos películas, Charles, feliz como nunca, comprendió que su felicidad emanaba de tener a su lado a Pat y decidió ofrecerle compartir sus vidas.

—Hagamos nuestro viaje de boda— le dijo un día.

Su petición no podía ser más simple o impulsiva que aquellas sencillas palabras.

El terrible confesarlo. Pero son las mujeres las que llevan razón. Los artistas de cine son sencillamente maravillosos, pues en asuntos de amor no son exactamente las palabras lo que importa, sino la oportunidad y forma de decirlos.

Joan RATWILL

PETER IBBETSON

(Continuación de la página 22)

cuerpo. Ni los malos tratos de los carceleros, ni las burlas socas de sus compañeros de prisión lograban sacarle de su estado. Todo perdía importancia, todo era relativo ante el hecho de la separación definitiva.

Tras de escuchar la amenaza proférica por el racionero, de hacerle comer a la fuerza, el continuo martileo de oír las crueles pullas de los otros presidiarios, acabaron con su paciencia. Las burlas se referían a la duquesa y eran cada vez más audaces, más dolorosas.

Irritado, perdiendo la cabeza hasta el punto de no acordarse que tenía los pies y las manos apesados por argoñas, lanzó sobre el sayón más próximo. Sus dedos se engarfiaron con una especie de placer en torno de la garganta de su víctima que se debatía

fronética queriéndose librar de la mortal presa. Los gritos azuzantes de los otros presos, las imprecaciones y estertores de los luchadores dieron la alarma a los carceleros. Rápidamente entró uno de ellos y los separó a puñaladas.

La lucha había agotado las exiguas fuerzas de Peter. Sus irritados nervios exaltaron su mente y después un sueño de fiebre cerró sus párpados.

Durante este sueño, pasaron por su mente el calvario pasado, las preguntas del fiscal, las miradas, rídicamente brillantes, del público, sobre todo verse separado por una reja, como en su niñez y hasta hacía unos días, de Mamrey. Después las duras y paja el injustas palabras del juez:

—Peter Ibbetson condenado, por asesinato, a cadena perpetua.

Pero eso hubiera sido lo de menos, si no hubiera decretado el alejamiento de la duquesa.

Volvió a ver al juez, su cabeza cubierta por el birrete y por la rizada peluca, diciendo duramente a Mamrey:

—Solamente lamentamos no poder acusar a la duquesa. Suponemos que su conciencia será bastante castigo para su pecado.

Su lucha con los guardias para separarlo de la reja. La mirada angustiada de Mamrey, ¿Qué iba a hacer él ante aquella mirada? ¿Dejarse encerrar? ¡No! ¡No mil veces! Pero aquellas manos fuertes le cogían de los brazos...

Al despertarse estaba luchando con los carceleros. Los zarandeaba y estaba próximo a libertarse; pero la ayuda de otro, provisto de un látigo, los salvó del oprobio de verse vencidos por un hombre débil y mal alimentado. Pero la impresión causada por el sueño era tan funesta, que Peter continuaba resistiéndose, hacéndose sordo a los latigazos. Entonces, con el mango del látigo le dieron un fuerte golpe en la espalda, causándole una lesión en la columna vertebral.

La fuerte naturaleza de Peter, la esperanza de un anillo prometido por Mamrey en sueños, venció la fiebre originada por la terrible herida, salvándose de la muerte cierta, pues tan creídos estaban los carceleros de su muerte que ya le iban a enterrar, cuando un gemido de Peter les avisó que todavía alentaba.

La separación no hizo más que aumentar la conexión espiritual entre los amantes. Por la rara cualidad que antes hemos señalado, sus sueños coincidían, dándoles la impresión de una vida real.

Completamente curado, una noche soñó que la duquesa lo iba a buscar a la cárcel. Juntos, de la mano, como cuando eran niños, sin notar los caminos, fueron a los lugares en donde transcurrió su infancia. Llegaron a la casa de Peter y al lado del columpio encontraron el cochecito y los tableros; construyeron el carro y con él se deslizaron por las laderas, hasta volcar, subieron a altas montañas; vieron destruir el castillo de sus ilusiones; sufrieron el alud de la opinión pública, que les separó.

Volviendo a encontrarse en un apacible bosque; los rayos del sol volvían de oro líquido los cabellos de Mamrey, y determinaron encontrarse siempre en aquel lugar encantado, cunado de flores, sombreado por copudos árboles y tapizado por fresco césped. Se encontraban allí sus espíritus y hablaban y sostenían conversaciones sobre cosas que siempre habían deseado contarse. Todo era puro. Todo era joven. Todo era sueño.

PASARON años y más años. Y los amantes, a pesar de tener los cabellos nevados, se veían jóvenes y bellos. En el castillo de Towers la vida de la duquesa parpadeaba como una lámpara falta de aceite, y despreciando la ayuda que le ofrecían su médico y los domésticos, hizo salir de su alcoba y haciendo un esfuerzo supremo, sublime, fué a buscar el alma de Peter al bosque.

—Peter mío, siento frío. Mis manos están heladas. Cógelas, cógelas entre las tuyas! Calientálas. Pero todo es inútil, Peter, siento que me voy lejos de ti. ¡Adiós, Peter!

Desapareció de su lado.

Y Peter, solo, sintiendo el miedo y el frío de la soledad, recorrió, en busca del calor de los recuerdos, aquellos lugares tan transitados por su pensamiento. Descansó en el banco. Una voz melosa, que nunca creyó volver a escuchar, se adentró en sus oídos.

—Peter, pronto vendrás a mí. Te necesito. En el lugar en donde estoy, nuestro amor será perfecto.

Calló la voz.

La promesa llenó de gozo el corazón de Peter. A sus pies había un par de guantes.

—¡Mamrey! ¡Mamrey, te has dejado tus guantes!— gritó, mirando hacia el lugar en donde había sonado la voz.

—Es igual, Peter, pronto me los traerás. Muy pronto.

En las tinieblas del calabozo, rasgadas de vez en cuando por un pálido rayo de sol, se agitaron dos manos. Manos convulsas, pero con la convulsión alegre de la libertad.

Peter, suelto y libre de las ligaduras terrenas, atravesando telas y muros incapaces de contenerle, andando entre nubes y el polvillo dorado del sol, iba hacia Mamrey, hacia el amor eterno.

JUANAN

"ORO EN EL PACÍFICO" Filmoteca

de Catalunya



EDWARD ARNOLD



BINNIE BARNES

De esta actriz inglesa despréndese un raro magnetismo que la ha llevado rápidamente al estrellato en América. Es la genial intérprete de la condesa rusa por quien el general Sulter hubiera dado todo su imperio a costa de inmensas fatigas conquistado en el film «Oro en el Pacífico», que acaba de estrenarse. Miss Barnes nació en Londres. Educóse allí y en París expresamente para la escena y era hija de un simple guardia urbano de la metrópoli inglesa, pero llena de ansias incommovibles por escalar la fama como artista. Binnie es la soberbia heroína de «Silver Tassie», con Charles Laughton. Asimismo es una de las bellísimas esposas del rey en «La vida privada de Enrique VIII», con Charles Laughton, en su papel admirable de emperatriz de los ingleses. En «El hombre de los brillantes» es igualmente la magnífica Binnie Barnes la deslumbrante belleza Lillian Russell del 90, quien rechazó al millonario Diamond Jim, que al fin sucumbió al romántico dolor de la repulsa de la bella mujer.

(Fotos Universal.)

es uno de los méritos más positivos de la pantalla actual americana, a cuyo cargo está la principal interpretación de «Oro en el Pacífico», secundada por Lee Tracy y Binnie Barnes. Arnold nació en Nueva York el 18 de febrero de 1890. A los doce años escasamente cumplidos, eran enormes sus aficiones por la escena y el teatro. A los quince años el intérprete de obras shakespearianas, Ben Greet, le daba importantes papeles. Como actor dramático se destacó en seguida al lado de las famosas divas Maxine Elliott y Ethel Barrymore, con quienes en Broadway hace gala de excepcionales dotes durante años. El cine muda lo acogió en la vieja Campaña. Ensayó en calidad de estrella. Sus papeles en «La secuestrada», «El hombre de los brillantes», «Presidente Vanishes» y «El cardenal Richelieu» nos son aún recientes por sus incomparables éxitos.



La entrada de Loretta Young en el cine, se debe a la casualidad. Su hermana Polly Ann, también artista de la pantalla, se marchó cierto día a Salt Lake con objeto de pasar una semana de vacaciones. El director Mervyn Le Roy, llamó a casa de los Young para que al día siguiente Polly se personara en el estudio, con objeto de repetir algunas escenas que no le agradaban. Loretta fué al taller para disculpar a su hermana y se halló con que le aguardaba una gran sorpresa.

Mervyn Le Roy, que estaba apurado, le encontró enorme parecido con su hermana y sin más preámbulos la persuadió de que doblara las escenas hechas por ella. Desde entonces, Loretta Young es artista, siendo cada vez mayores sus triunfos.

Las dos sirvientas más negras de Hollywood se hallan a su servicio. Se enfurece a menudo con los periodistas, porque un día sí y otro... también, publican la noticia de su casamiento. No hace mucho se dio la de su enlace matrimonial con uno de los magnates del teatro neoyorquino.

Sabiendo esto, no es extraño que la encantadora actriz se enfurezca con los chicos de la prensa americana. Y es lo que ella dice:

—¡Dejadme al menos que yo elija mi marido!

La primera película que interpretó fué «Travesía, pero simpática»; más tarde mereció ser elegida entre sesenta candidatas para figurar con Lon Chaney en «Rie, payaso, rie». Una vez terminada esta película, pasó a los estudios First National, en cuyo elenco artístico figura todavía bajo contrato. De todas las producciones



Las dos sirvientas

más negras de Hollywood, están al servicio de

LORETTA YOUNG

la estrella que, en tocante a vestidos, prefiere Nueva York a Pa-

que lleva hechas; prefiere las tituladas «Huérfanos de Budapest» y «La vida empieza».

Sus artistas predilectos son Ronald Colman, Paul Lukas y Luis Alonso, del sexo feo; y de las mujeres, Marlene Dietrich, Norma Shearer y Ruth Chatterton. Entre los autores dramáticos admira a Frederik Lonsdale, Elmer Rice y Vicky Baum.

De no ser artista de cine, hubiera sido ballarina. Siendo niña se entusiasmaba con los triunfos de la desaparecida Anna Paulowna. Ella también sabe bailar y conserva la ilusión de que algún día podrá hacerlo en la pantalla.

Demuestra un gusto exquisito en la selección de sus ropas. Casi todos sus vestidos son hechos en Nueva York. Las modas de París le cuesta trabajo soportarlas por parecerle demasiado exageradas. Come todo cuanto se le an-

toja, siendo enemiga de la dieta. Su plato favorito es un «puding» de queso, hecho según una antigua receta que posee su madre. No siente afición por el arte culinario y le horrorizan las tareas domésticas. Sus diversiones favoritas son tres: concurrir a los cines, bailar y comprarse bonitos vestidos. Estuvo casada con Grant Withers, de quien, según se ha dicho, se divorció por incompatibilidad de caracteres.

En el haber de Loretta Young hay una anécdota que refleja lo variable de su carácter.

Un día mandó pintar de encarnado su coche «chrysler».

—Quiero —dijo al encargado de hacerlo— que tenga mucho brillo, bien esmaltado.

—Se hará como lo desea. No pierda cuidada.—

A los pocos días fué a verlo y su indignación fué grande.

—¿Pero quién ha mandado pintar el coche de rojo? ¡Si mandé que lo hicieran de azul!

—Usted se equivoca, señorita. Haga memoria y verá como dijo que de este color— repuso el dueño del taller.

—Pues yo le digo que no; fué de azul.—

Su interlocutor, no quiso llevarle la contraria y se contuvo un ex abrupto.

—Bueno, pues lo pintaremos de azul.—

A las dos o tres semanas, Loretta dijo que tampoco había dicho que lo pintaran de azul, sino de amarillo. Pero el pintor de coches, ya agotada su paciencia y con tono displicente, exclamó:

—La próxima vez que venga lo hallará convertido en un «arco iris» para evitar que nos volvamos locos.— (Foto 20th. Century Fox.)

VALERIE HOBSON

Filmoteca
de Cine



La Universal ha ampliado su lista de nuevas estrellas con una valiosa aportación, la de Valerie Hobson, joven actriz que ha aparecido ya esta temporada en algunas de las producciones presentadas por dicha editora, dejando un grato recuerdo de su exquisito arte.

W

ork a F

su
el
li-
laga
este

ul.—
e la
pto.
al.—
retta
e lo
pero
pa-
mó:
ha-
para

Fox.)



Joan Crawford

Billie Cassin la llamaban sus compañeras, cuando desde su más tierna edad sentía ya desmedida afición por las tablas. Ya en aquella época no había nada imposible para ella. Se propuso aprender música y a practicar la danza y logró ambas cosas. Después, cuando con el nombre de Lucille Le Sueur debutó como extra, no la preocupaba otra cosa que llegar a estrella. Cambió su nombre por el de Joan Crawford, y la popularidad y el éxito ya no la abandonaron. Su personalidad, su gran temperamento y alma de artista le han conquistado el meritorio lugar que ocupa en el primer plano de la pantalla mundial... y un lugar feliz ¡al fin! en su casa de Hollywood al lado del amor que soñara. (Foto M. G. M.)

KAY

FRANCIS

FilmoTeca

La estrella fascinadora, que es una voluptuosa mujer en la vida real, trae siempre a sus actuaciones esa vehementemente vitalidad que la caracteriza en todos sus actos.

KAY Francis es la actriz que posee más características esencialmente femeninas. Buena prueba de ello es que guarda el secreto del año en que vió la luz, pero nos informa que fué el día 13 de enero. En los países de habla inglesa los viernes son los días infortunados y viernes era el día en que Kay Francis nació. Esta adorable mujer, que debería considerarse muy afortunada siendo poseedora de los grandes atractivos que a ella le son característicos, no ha tenido nunca buena suerte, y ella atribuye esa calamidad a haber nacido en viernes.

Sin embargo, Kay se ha casado cuatro veces, y aunque en todos sus matrimonios le haya ido mal, por lo menos consideramos estar de suerte eso de haber encontrado cuatro hombres que la quisieran lo suficiente para hacerla su esposa. Ya sabemos que no importa lo bonita que sea

una mujer cuando se trata de encontrar marido, pues las hay preciosas que andan solteras por no haber tenido quien las quiera. En cuanto a eso de que le haya ido mal en sus aventuras matrimoniales lo atribuimos a que los hombres han engreído demasiado a Kay. Ella sabe que es seductora y cree merecer toda la atención del que la ama, pero ya sabemos que en estos tiempos modernos ningún hombre se conforma con las mismas sonrisas y los mismos besos los siete días de la semana. De modo que parece que Kay es en extremo exigente. Pero nos vamos adelantando demasiado en nuestras notas, y retrocedemos para decir que cuando Kay contaba solamente un año de edad, sus padres se la llevaron a Santa Bárbara, más tarde vivieron en Los Angeles y finalmente en Denver.

Cuando Kay había cumplido cuatro años, su madre, que era la conocida actriz Katherine Clinton, regresó a trabajar en el teatro y confió a Kay a los cuidados de una maestra, antigua amiga suya. Esta señora se encargaba más tarde de que Kay fuera al colegio.

Sus primeros anhelos estaban concentrados en llegar a ser una gran trapezista. Este ideal nunca llegó a cumplirse, pues siendo aún muy niña fué enviada a un convento donde ya sabemos que no es costumbre permitir que las niñas se ejerciten en hacer maromas. Graduada en la Primera Enseñanza, fué enviada Kay a la Academia de miss Fuller, que es un elegantísimo



plantel, al cual son enviadas las señoritas acomodadas para terminar su educación. Más tarde asistió a la Escuela de la Catedral, en Garden City, que es otra academia de estudios especiales.

Siempre se distinguió en los ejercicios atléticos, siendo espléndida jugadora de tenis. Más tarde sintió deseos de figurar en algunas de las funciones de beneficio que se ofrecían en la localidad y se presentó en la primera de ellas vestida de hombre, personificando un atrevido mozallete.

Un año después de terminar la Segunda Enseñanza se matriculó en una academia comercial, donde se graduó en los cursos de teneduría de libros y taquigrafía. Después de tan ardua tarea hizo un viaje por Europa visitando Holanda, Inglaterra y Francia. A su regreso comenzó a ganarse la vida, habiendo sido secretaria particular de señoras tan distinguidas como la de Morrow, que es la suegra de Lindbergh, la señora de Pinchot y la de Vanderbilt.

Siempre en busca de algo nuevo, sintió deseos de actuar en el teatro y como siempre ha sido afortunada para sus trabajos, aunque ella no lo admite, tuvo oportunidad de figurar en la versión moderna de «Hamlet», que tuvo un éxito estupendo en Nueva York, siguiendo luego una gira triunfal por otros estados de la Unión Americana. Habiendo regresado a Nueva York, figuró en las presentaciones de las obras teatrales: «Venus», «Crimen» y «El incomparable Elmer».

Sintiendo gran admiración por Walter Houston, cuando se enteró de que éste estaba buscando una protagonista para la obra teatral «Gentlemen of the Press», solicitó la interpretación del papel, pero el director de escena quería que la protagonista fuera rubia; sin embargo, cuando vio a Kay Francis, no solamente la contrató sino que el trabajo de la actriz fue tan satisfactorio que la enviaron a Hollywood.

Llegó a la ciudad del cine totalmente saturada de optimismo, sin soñar siquiera que allí iba a aprender que hay algo más que divertirse y ser la reina de la fiesta y tomar la vida en broma. Después de aquellos días el cine le ha enseñado a amar profundamente, a saber sufrir y a soportar sus desencuentros.

Nos dice Kay Francis que

le agradan el teatro y el cine, pero que este arte últimamente mencionado es su favorito. Entre sus películas le agrada primordialmente la que lleva por título «Viaje de ida», y entre sus obras teatrales la que se titula «La reina juega» (The queen plays).

Lo que más le interesa es el arte dramático y toda clase de literatura de profunda importancia clásica. Habiendo estudiado los distintos géneros literarios, está perfectamente capacitada para comprender a plenitud la obra de los grandes pensadores.

Le fascina viajar y prefiere los aviones a los trenes. Siente mayor placer en vivir en los Estados Unidos que en ningún otro país, pero también le agrada vivir en Francia, especialmente en París. Londres es una de sus ciudades favoritas, pero usando su expresión personal diremos que a Kay le agrada encontrarse precisamente en el sitio donde la lleve su fantasía.

Goza de la reputación de ser la mujer que mejor viste en Hollywood, pero no le agrada que le hablen de eso. Se deleita estando elegantísima siempre, a todas horas; pero le mortifica que alguien hable de su ropa o haga comentarios sobre lo que lleva puesto.

Detesta las entrevistas, pero cuando no tiene más remedio que concederlas se muestra encantadoramente amable, y los que la tratan se sienten fascinados por su personalidad social, que es la expresión máxima del refinamiento. Tampoco le agrada retratarse, y es para ella un sacrificio tener que someterse a que le prueben los vestidos que ha de lucir en las películas o en la vida real; pero todo lo acepta graciosamente y jamás se muestra descortés ni disgustada.

Lo que más le agrada es embarcarse, ya sea en un pequeño bote, en un yate o un bergantín, pues tratándose de surcar las aguas para ella cualquier

embarcación es lo mismo; lo que le encanta es la embriagante sensación de dejarse arrastrar por la corriente.

Kay Francis no ha tenido tiempo de engordar. Su trabajo la mantiene en una actividad tan extraordinaria que no necesita hacer dieta ni entregarse a violentos ejercicios. No tiene secretos de belleza. La luz del sol, la brisa de la tarde, la higiene más perfecta y completo optimismo, constituyen la mejor receta para estar siempre bella.

La voz de Kay es de un timbre tan delicado que ella no puede elevarla demasiado al hablar con frecuencia. Guardar completo silencio siempre que le es posible y dejar que sus cuerdas vocales descansen siempre que tiene ocasión, son los secretos de que se vale para tener ese timbre tan delicioso en la voz. Cuando en sus películas es necesario que la heroína lance un agudo grito, se tiene que emplear un doble, lo cual justifica nuestra creencia de que jamás hay justificación para que una mujer tan voluptuosa como Kay tenga que entregarse al desconcertante pasatiempo de gritar.

A Kay le agrada muchísimo la lectura de novelas pasionales. Cuando empieza a leer un libro y encuentra que el protagonista es un hombre incapaz de enamorarse apasionadamente de una mujer, cierra el libro, y dice que ni en el mundo de la realidad ni en el de la ficción tiene un hombre derecho a vivir si no sabe sentir hondamente el amor.

Tiene varios animalitos favoritos: dos perritos, dos gatos, una cotorra, un conejo y un canario, además de una pecera llena de peces de colores y un estanque en que se crían ranas.

Kay es experta en el manejo de su pequeño yate denominado «El Tropical», y lo mismo guía su automóvil Cadillac que el ford en que hace sus viajes al estudio.

Kay se ha hecho inolvidable en cada una de las películas que ha interpretado, pero vamos a enumerar algunas de las que sus fanáticos prefieren: «Viaje de ida», «La herencia», «Mandalay», «Wonder Bar», «El dilema de una mujer», «Agente británico», «Su primer beso» y su último drama «Su vida privada».

Estos son breves detalles de la vida de la interesante estrella Kay Francis, acerca de quien se dice que tan pronto termine esta obra contraerá nuevas nupcias, esta vez con un joven sin dinero, pero que la ha amado desde hace mucho tiempo. ¡Pobres mujeres del cine, imposibilitadas de dedicar los mejores días de su juventud al amor! Luego, olvidadas del público y sin compañeros, viviendo en el recuerdo de los días que fueron; pero hoy... en la hora que pasa, Kay vive su glorioso momento entre el halago y el ensueño, brindando ingenuas sonrisas e inspirando amor.



LO QUE

YO

SE DE

CIERTAS •

MODAS...



Betty Furness. (Foto Metro.)



Gladys Swarthout. (Foto Paramount.)



Gail Patrick. (Foto Paramount.)



Myrna Loy. (Foto Metro.)



Dorothy Lamour. (Foto Paramount.)

HEMODAS... modas! ¡Millones de modas! Y a la cabeza de ese interminable desfile multicolor, las modas de Hollywood.

—Pero no son a veces las más refinadas, ni las de mayor mérito artístico...

—Evidente, queridas lectoras. Pero son las que con más fuerza atraen y con más rapidez se imponen. ¿Y saben ustedes cuál las crea?

—¡Bah, hombre! El modista.

—Sí, cómo no. Algunas veces. Pero generalmente son las señoras emperatrices del celuloide quienes las conciben.

—¿Y de dónde sacan el tiempo necesario para estudiar estos intrínsecos de la moda?

—¡No es cosa de estudio! Es cosa de inspiración.

—¿Algo así como lenguas de fuego que bajan a posarse sobre las rizadas cabezas de las estrellas cinematográficas?

—Algo por el estilo, sí. Sólo que las «lenguas» inspiradoras suelen ser pequeñas necesidades personales.

—¿No es bastante claro!

—A primera vista no lo es. Pero vamos a aclararlo con algunos ejemplos.

Primer ejemplo: Nuestra común amiga

Joan Crawford tiene verdadera e irresistible debilidad por las chinelas. Parece que sus ágiles pies de bailarina, después de haber recorrido aquella aspera senda que va desde el coro de un café cantante hasta el ápice de Cinelandia, no quisieran ahora sino estar descansando siempre en el mullido nido de las chinelas. Un día, cuando Joan meditaba en el horror de esas cárceles que se llaman zapatos, la súbita llama de la inspiración vino a detenerse sobre su cabeza, como una inquieta mariposa azul.

—¿Por qué no agregar una o dos correas a tus queridas chinelas y trocarlas así en un cómodo par de zapatos?

¡Y dicho y hecho! Cinco minutos des-

con ese tonillo de guasa. Estamos asistiendo a lo que yo considero más serio en este mundo: hablar de trapos con las damas. Buena. Pues ella fue quien introdujo esa deslumbrante moda de las zarazas satinadas para trajes de etiqueta, pijamas, vestidos de deporte y abrigos de tarde...

—¿Ya lo sabíamos!

—¡Me alegro! ¿Pero apuesto a que

no saben ustedes cómo llegó a semejante innovación la encantadora Betty Furness?

Sucedió, mis queridas interlocutoras, que un cefirillo venido de las regiones de la inspiración le había dejado en el rosado caracol de la oreja aquella idea de las telas florizadas, por lo que Betty anduvo un día de Coca en Meca buscando la que desenaba sin poder encontrarla.

Volvió a casa con las manos vacías y las alas caídas. Hundióse en una poltrona, cerca de la ventana que abre sobre el jardín. Clavó los interesantes ojos en el horizonte, y se puso a pensar en lo terriblemente triste que es para una no encontrar la tela que necesita.

Pero en ese momento, la mariposita azul entró revoloteando, se acercó a

Betty y le susurró algo al oído. Entonces el cefirillo cómplice movió un poco las florizadas cortinas de la ventana. Betty Furness dio un salto, gritando alegremente...

—¡Eureka!

—No. Gritando «¡zaraza!», que en este caso es lo mismo. ¡Aquella zaraza satinada era exactamente la tela de sus sueños! Sin perder un momento, arrancó con mano febril una de las cortinas, agarró las tijeras... y al día siguiente apareció en los dominios de Su Majestad la Moda uno de los más originales vestidos que Hollywood hubiera visto. En breve plazo la zaraza satinada estaba haciendo furor entre el sexo femenino.

Tercer ejemplo... y «florido», para mayor deleite de ustedes. Personaje: Mary Carlisle.

Lo mismo que Pablo de Torso, Mary tuvo «su gran revelación» estando de viaje, de Cataluña.

No iba camino de Damasco a perseguir cristianos, sino que regresaba de una visita a Honolulu.

Y su revelación fue: «¿Por qué no guirnalda de flores como las que le obsequian al forastero en Hawái, para colocarlas en el cuello y los puños de un traje?»

Escasamente pudo Mary refrenar su impaciencia hasta el otro día. En cuanto se abrieron las tiendas, compró unas cuantas flores artificiales, las dispuso en guirnalda y las aplicó a un sencillo traje de crepón negro. ¡El éxito fue colosal! A los pocos días, miles de mujeres estaban imitándola.

Con estos tres ejemplos, creo haber demostrado —como dicen los juriscónsultos— que en Cinelandia no todo lo hace el modista, y que para bien de ustedes y de todas las damas graciosas hijas de Eva que embellecen con sus «trapos» este sombrío planeta, «la divina mariposa» gusta de posarse en esas flores de seda que se llaman las cabezas de las actrices cinematográficas. Un gusto muy explicable, por supuesto.

Y besa respetuosamente los pies de mis distinguidas interlocutoras.

Ramón RIVERO

Filmoteca



A Lucille Ball le regalaron un castillo de goma y empezó a hincharlo con tanta afición que ya ven el resultado. (Poca Radio.)

UN CHISTE HISTORICO

Gabriel Signoret, el excelente actor francés, gusta de referir la siguiente anécdota:

—Era en tiempos del cine mudo. Impresionábamos en el histórico castillo de Versalles un film histórico. En un momento de descanso, vagaba yo por los amplísimos salones, cuando se acercó un grupo de turistas. Yo iba caracterizado y lucí un magnífico traje de la época de Luis XVI. Esto les causó tal sensación, que una romántica joven americana se acercó a mí y me regaló cinco francos.



EL PESCADO

El director ordena a su ayudante que prepare una langosta a la americana, que debe salir en una escena que representa una comida.

Como para una ayudante no hay nada imposible, se dirige al mercado, donde, naturalmente, no hay langosta. En vista de ello se dedica a recorrer fondas.

—¿Tiene usted langosta a la americana?

—No, señor.

Cunno ya desesperaba, encuentra, por fin, un restaurante donde hay langosta a la americana.

—Pues envuélvame en una fuente—dice al camarero.

—Lo siento, señor, pero tendrá que comérsela aquí —replica el camarero—. El reglamento de la casa prohíbe que los clientes se lleven la comida fuera.



LA TACANERIA DE CLARK

Rodábase a la sazón una película en que él interpretaba un papel de irlandés y Joan Crawford representaba ser su novia.

En todas partes es proverbial la avaricia de los irlandeses. Había una escena de amor, en la que Clark Gable tenía que besar a Joan apasionadamente, pero el galán la besaba con una parsimonia que ponía frenético al director.

—¡Bésela más! ¡Lo menos le ha de dar quince o veinte besos!

—Anda, hijo —le dijo Joan por lo bajo—. Olvidate que eres irlandés, ¡no seas tacaño!



MARCHA ATRAS

Al hacer una maniobra, Dick Powell da un topetazo al coche de detrás. Desciende y ve que acaba de abollar el parachoques del auto de una encantadora señorita.

—¡Caramba! ¡Si que lo siento! Le pagaré la reparación.

La joven es una admiradora de Dick y quiere demostrárselo.

—No se moleste. Esta abolladura la conservaré como un autógrafo suyo.

Deseando ponerse a tono, Dick le promete un autógrafo verdadero: un retrato dedicado que le manda inmediatamente.

Días después, Dick Powell recibe una carta perfumada. Es de la ingenua admiradora del topetazo y dice así:

«Señor Powell: Su autógrafo me ha parecido horriblemente vulgar. Me gustaría tener su firma debajo de un cheque de nueve dólares y medio, que es lo que me ha costado la reparación del parachoques.»



ILUSIONES DE UNA MENTE ACALORADA

Loretta Young recibe una carta que la llena de consternación.

«Ídolo de mi corazón —dice el ardiente comunicante—: Permítame que le dé las gracias más calurosas. Me siento



owell
Des-
ar el
canta-
Le
Dick
ra la
go.
ck le
un
media-

e una
n ad-
e:
ne ha
gus-
che-
ue es
n del

ADA
que
I ar-
ue le
dento



«¡Quíetate un momento!» ha pedido al fotógrafo, Eleanor Powell y James Stewart han seguido el consejo. (Foto Metro.)

inmensamente feliz desde que pudo dormir en su cama...

Loretta pone el asunto en manos del comisario de policía. Se hacen las debidas averiguaciones y se llega a saber que el impetuoso joven ha adquirido una cama de segunda mano que le aseguraron había pertenecido a la simpática Loretta.



FOTOGRAMAS

En un periódico de la noche, con el que tuvimos el gusto de meternos en otro fotograma, leemos la siguiente coletilla a la noticia de la separación de la pareja Laurel-Hardy:

«Como Hardy está ligado al productor Roach por un contrato que no aspirará hasta dentro de dos años, se prevé un nuevo apasionante affaire.»

No aspiramos a ser profetas; pero tal vez, antes que aspire el plazo, el pobre Hardy ya habrá aspirado.

Los americanos, fanáticos de todo lo suyo, se creen poco menos que los inventores de las espinacas. Desde que Popeye lo ha asegurado así, el consumo de la simpática verdura se ha incrementado en Norteamérica una barbaridad.

En cambio, Greta Garbo no ha querido tomar aceite de hígado de bacalao, ni por patriotismo.



Robert Taylor luciendo una magnífica «patinette» de conducción interior, que acaba de adquirir para pasear el garbo por las calles de Hollywood. (Foto Metro.)



Stan Laurel y Oliver Hardy, con el fausto motivo de haber estrenado una gorra de marinero, se han sacado esta bellísima fotografía. (Foto Metro.)



La Dolorosa.



Nelson Eddy es galante con las damas. Cuando visita a una equilibrista se pone a tono y la saluda en su propio elemento, encaramándose en el alambre con una elegancia versallesca que alanto. ¿Qué le ocurrirá al cumplido Eddy el día que haga amistad con una paracutista? (Foto Metro.)



Nos aseguran que Olympe Bradna, aquí presente, es una encantadora y angelical criatura. ¿Será verdad tanta belleza? (Foto Paramount.)

En dos casas del barrio inglés de París, ocurrían unas escenas similares. En una de ellas un niño protestaba ante su madre, postrada en un sillón por una enfermedad, sus derechos a la posesión de unos tableros, con los que pensaba construir un carro. En la otra, una niña se quejaba de la falta de galantería de su veintiocho, empeñado en que las maderas debían ir a parar a sus manos, pues la supremacía de un carro sobre una caseta no admitía discusión. La niña abogaba, bajo la cariñosa sonrisa de su progenitora, que

Un presentimiento, cierto y terrible, heló las fibras de su corazón. La niña le miró con cariño. Habían adivinado lo que sucedía en el hogar. Cuando Gogó llegó a él, le bastaron las palabras y actitudes del médico y las lágrimas que derramaba la doncella, para explicar y confirmar su certidumbre. Su

acendrando su raro carácter. Otro dolor no menos cruel le acechaba. El de la separación de su amor infantil, de Mam-

"PETER IBBETSON"

(SUEÑO DE AMOR ETERNO)

una caseta es lo más serio de la humanidad.

Refunfuñando y no convencidos por los maternales argumentos, que tendían a la concordia, salieron al jardín. Las casas eran contiguas, separadas solamente por una verja de hierro y comunicaban entre sí por una portezuela, constantemente abierta, que atestiguaba la estrecha amistad que unía a ambas familias.

Gogó, el niño, con la cara contraída por un gesto de malhumor, comenzó a columpiarse contemplando con el rabito del ojo los manejos de su amiguita, dispuesta a aserrar las tablas. Reinaba un silencio erizado por la hostilidad. La niña, Mamrey, no pudiendo resistir por más tiempo la indiferencia de Gogó, dijo:

—¿Quieres una tabla?—
El ofrecimiento impulsó a que Gogó bajase de su columpio y pasase al jardín contiguo, por entre los barrotes de la reja.

—Una, no. Las necesito todas para construir el carretón— pidió con egoísmo, asiendo algunas maderas.

—¿Para qué sirve un carretón?— indagó Mamrey, dispuesta a confundir a su interlocutor.

—Pues... para llevar cosas de un lado a otro— dijo Gogó, no muy seguro de su definición.

Mamrey, satisfecha de haber podido pescar en una falta a su amiguito, sonrióse.

—Aunque te diera los tableros, una cosa te faltaría: las ruedas.

El obstáculo no era insuperable. Los ojos de Gogó se fijaron con insistencia sospechosa, en el cochecito de Mamrey, en el que reposaba una muñeca. Su dueña siguió la mirada, y al ver donde terminaba, corrió hasta el querido juguete, para protegerlo. Gogó tiró de él, y el resultado no pudo ser más desastroso. El coche volcó, con gran deterioro de la muñeca.

Al presentir el llanto que iba a tener lugar, Gogó volvió a su jardín. Desde el margen de la reja, y haciendo un gesto peculiar y despreciativo con la mano, gesto que indicaba su opinión hacia el sexo femenino, burlóse.

—¡Ah! ¡Ah!—
La exclamación tuvo la virtud de calmar a Mamrey.

—Repito el gesto. ¿Lo haces al revés de todo el mundo?— admiróse.

—No quiero— negó Gogó, pues ceder lo consideraba como una falta a su virilidad.

Los ruegos y las negativas se prolongaron hasta la puerta que separaba las casas.

—Si lo haces tu doy todos los tableros.

—¡No y no!—

No podemos decir cuándo y cómo hubiera acabado la escena, pues una voz, en tono lacrimoso y dolorido, gritó desde la casa de Gogó:

—¡Avísen a un doctor! ¡Por favor, dense prisa!—

Gogó quedóse inmovilizado por el terror.

Interpretes:

GARY COOPER

ANN HARDING

John Halliday

Ida Lupino

Dickie Moore

y

Virginia Weidler

Producción de

Henry Hathaway

Film Paramount

Novelización de Juanán

madre no había de existir. Y unos dolorosos sollozos, de niño que se ve privado de lo más querido por él, conmovieron su cuerpo, apoyado en las vidrieras de la puerta. Desde la escalinata Mamrey miraba y gemía por el dolor producido a su compañero. Entonces tuvo un gesto delicado, sublime. Llevó al pie del columpio de Gogó las maderas y el cochecito, tan deseados por él.

Los días pasaron. El tiempo cicatrizó con su bálsamo las heridas del alma de Gogó,

rey, que había ocupado el lugar que dejara vacío su madre. Debía marchar a Inglaterra, a casa de unos parientes desconocidos— que se le antojaban crueles y monstruosos— que le habían de educar.

Estaba escuchando distraídamente las haba-
zañas y anécdotas del comandante Duches-
nois y miraba de vez en cuando a Mamrey,
sentada al otro lado del narrador. Parecía
querer grabar su imagen en su corazón.

Corregían y exhalaban el grito característico



A punto de subir al coche, el tío dió permiso a Gogó para que se despidiera de su novia. Cediendo a los impulsos de su alma, cogidos de la mano, comenzaron a correr por el jardín para buscar un escondite que les impidiera ser encontrados por su tío y poder así continuar juntos. Sorprendidos en uno, corrieron en dirección del muro de piedra que separaba la casa del camino. Les faltaba poco para saltar a éste, cuando el tío cogió por la cintura a Gogó y le obligó a partir. Una vez camino de Inglaterra, mister Forsythe, dijo a su sobrino:

—¿Cómo te llamas?

—Gogó.

—Eso no es un nombre— repuso con la incredulidad de una persona apartada de toda trivialidad.

Respondióle Gogó que se llamaba Peter y añadió el apellido francés de su padre.

—Tu madre era inglesa— objetó el tío— y se llamaba Ibbetson. Escoge entre el apellido de tu madre o el mío. Tiene que ser un apellido inglés, puesto que vas a vivir en Inglaterra.

—Pues Ibbetson— respondió decidido Gogó.

—Estará bien, Peter Ibbetson.

LONDRES. En un taller de contratistas de obras, un gallardo joven trabajaba intensamente sobre una maqueta. Era Peter Ibbetson.

Había llegado la hora de terminar el trabajo. Peter rechazó las proposiciones de sus compañeros para ir de francachela. Siempre hacía lo mismo.

—¿Qué extraño carácter tienes!— dice uno de ellos.

Despidiéndose alegremente de él: se marcharon. Peter contempló la maqueta, y después, con un súbito arranque, cogió la pelota de escajola y la lanzó contra la pared.

El ruido producido por el choque contra el tabique, hizo salir sobresaltado al maestro contratista, mister Glade.

—¿Qué le pasa, Peter?— preguntóle.

—Nada, maestro. Londres me irrita por sus nieblas, por su cielo siempre sucio y sus calles malolientes.

Una sonrisa de comprensión dilató el semblante del contratista.

—Lo mismo me sucede a mí cuando siento deseos de ver el mar, las flores...

—¿Pero si usted no los puede ver! ¡Si es elego!— se extrañó Peter.

—¿Lo veo con la mente! ¿Por qué no se toma un descanso y se va a París? Verá el cielo azul y mujeres bonitas.

—Es una buena idea, maestro— aprobó, entusiasmado.

Peter vivía, si se puede decir, en un mundo de recuerdos. Presentía siempre algo. Estaba nostálgico de su infancia, de la memoria de su casa. Necesitaba hilar los recuerdos en aquellos parajes, seguro de que así podría recobrar su equilibrio espiritual, y, sin embargo, una especie de temor le había obligado hasta entonces a desoír tales ideas.



En París, en una exposición de cuadros, conoció a una linda joven, con la cual salió la misma tarde. Estando en un bar y por la intimidad proporcionada por el calor del vino y por su desparpajo, la joven, extrañada del raro carácter de su acompañante, no pudo menos de preguntarle, un poco celosa: —¿Quién es ella? —No hay ella. ¡Ojalá la hubiese!— repuso Peter.

—Entonces no te entiendo. Pareces enamorado.

—No. Tengo como... y se interrumpió. Por la ventana que daba a la calle, había distinguido al comandante Duchesnois, un Duchesnois viejo, vacilante y enfermo, acompañado por una enfermera. Y, con gran extrañeza de la joven, salió corriendo a la calle.

—¡Comandante! —dijo, asiendo de un brazo y sobresaltándole—. ¿No se acuerda de mí?

Al ver la mirada que originaba su proceder añadió:

—Soy Gogó.

—¿Gogó? —balbuceó, confuso, el comandante, mirándole con ojos acusados e inexpresivos.

—¡Sí! ¡Gogó! ¡Cric, cric! —exclamó, acordándose de la orden de atención.

—¡Cric, cric! —repitió alegremente, alegria fría de anciano próximo a extinguirse.

—¿Qué cambiado estás!

Miles de preguntas se agolparon en la boca de Peter. Miraba y remiraba al comandante, extrañado de su decrepito aspecto. La memoria siempre es joven.

—Caballero —dijo la enfermera—, el comandante está muy cansado. Convendría llegar pronto a casa.

—Tengo razón —contestó, como en sueños, Peter—. [Hasta otro día]

—Hasta otro día —repitió el comandante.

Peter tuvo la impresión de que no lo vería más. El encuentro rompió la valla de sus temores. Entrando precipitadamente en el bar, asió de un brazo a su acompañante.

—Vamos a ver la casa en donde viví —propuso.

—Vamos.

Llegaron a ella. El jardín, abandonado e inculto, presentaba un enmarañado aspecto, lo cual no fué obstáculo para que fuera mirando y saboreando el perfume de lo pasado. El columpio, la verja, el banco bajo el cual se escondió, el árbol por el que trepó para escaparse, todo estaba más viejo, y desaliñado. Los recuerdos pintaron una dulce sonrisa en su rostro; le tenían abstraído, desatendiendo las voces de su acompañante, que le llamaba.

Al regresar a su hospedaje, encontró que le esperaba una carta. El contratista requería su urgente presentación en Londres. Obedeció la orden.

En la estación, otra vez en Inglaterra, le esperaba mister Glade y un acompañante. Pasó junto a ellos sin verlos, pero el acompañante le detuvo.

—Peter, le he hecho regresar de su viaje para que emprenda otro —hizo saber mister Glade—. Necesitamos nuestro mejor arquitecto para reconstruir las cuadras del duque de Towers, el afamado jinete. Tampoco verá allí la niebla que tanto odia —le aseguró con una sonrisa bondadosa.

UNA vez en el ducado de Towers, teniendo habitación en el magnífico castillo del mismo nombre, su primera visita fué a las cuadras. Estaba examinándolas y trazando bocetos sobre ellas, cuando, al otro lado de la verja que separaba las cuadras del parque, sintió el rumor de un traje y unos pasos. Volvió la cabeza y se encontró encaramado con una hermosa mujer, dos o tres años más joven que él, cuya rubia cabeza se hallaba tocada por un sombrero de amazona. Tuvo la certeza de que se trataba de la duquesa de Towers.

Soy Peter Ibbetson, el arquitecto que tiene que reconstruir las cuadras. Los caballos deben de estar horrorizados de vivir en un edificio tan feo como éste —dijo, indicando el ruinoso edificio.

—Mi idea es —anunció la duquesa— edificar las alas de modo que sigan el estilo que ahora tienen.

Disiento de su opinión. Fijese lo que he ideado.

Enseñó un dibujo que representaba una fachada.

—Es muy bonito, pero prefiero lo antiguo a lo moderno.

—¡Pobres caballos!

La duquesa comenzó a andar alzada a lo largo de la férrea valla. Peter, en el lado opuesto, caminaba a la par, mientras ago-



taba sus argumentos en pro de su plan. La duquesa no se dejó convencer.

—Señora —dijo Peter—, si no acepta mi idea renuncio a edificar. Saldré esta noche para Londres.

—Obre como guste. Yo soy la que manda.

Ante aquella bofetada, Peter se inclinó irónico.

—Señora, he tenido un verdadero placer en conocerla.

—¡Insolente!

—Perdón. Me he querido portar como un caballero.

Y se marchó hacia su cuarto.

Llegó la noche. Las maletas de Peter estaban preparadas para la salida. Esperaba, dibujando, a que el tiempo transcurriera y llegase la hora de marchar. Unos nudillos chocaron contra la puerta.

—Adelante.

Un criado entró empujando un carrito portador de viandas. La cantidad de manjares, bastante pobre, y el hecho de que se la sirvieran en su cuarto, como a un paria, ofendió a Peter y obligó a decirle al criado:

—Entregue esto a la señora duquesa —alargó lo que había estado dibujando—. Es mi acción de gracias por su espléndida cena. ¿Es ella quien canta?

En efecto, por la puerta abierta llegaban a la habitación las notas de una canción.

—No, señor. Los señores duques dan una fiesta artística esta noche.

—Gracias.

En la sala de fiestas del castillo, una conocida actriz cantaba. La duquesa, sentada en un magnífico sillón, escuchaba atentamente. El criado se le acercó, empujando el rollo de papel. Dióselo y la duquesa no pudo menos de soltar una carcajada. Representaba el odio de los caballos hacia tan fea habitación, que se trocó en un gesto de arrepentimiento al oír el encargo de Peter.

—Dígame qué baje —ordenó.

Minutos después Peter entraba en la sala. La duquesa le saludó sin muestras de rencor. La fiesta transcurría. Cuando saboreaban unos helados, descubrió a Peter apoyado en la puerta y riéndose. Se acercó a él y preguntó a qué se debía su hilaridad.

—A unos pobres caballos —contestó él. Y se enzarzaron en una animada conversación, cuyo tema era el decantado edificio. El duque, hombre de aspecto frío y sereno, quiso saber de qué conversaban. Narróle Peter el suceso y el duque sonrió.

—No entiendo de edificios —dijo.

Y continuó, dando unos golpecitos amistosos en el hombro de Peter:

—Yo de usted la convencería. Yo no puedo; mi fuerte son los caballos.



GANO Peter. El edificio iba elevándose poco a poco. Con su mismo ritmo crecía el amor entre la duquesa y Peter. Por una extraña causa, sus sueños siempre coincidían. Una notable penetración espiritual en uno y otro les hacía completamente felices. Las frases triviales, las conversaciones sobre temas indiferentes, los extraños sobresaltos de ambos, aumentaron su pasión. A nadie pasó desapercibido este amor. Ni el propio duque, embebido siempre en sus tareas de jinete, dejó de notarla.

—Peter había descubierto que la duquesa era Mamrey, su amor infantil! Se le hacía imposible que se hubiera casado, constándole que le amaba.

Durante una cena, el duque, no pudiendo contener por más tiempo su impaciencia, ante lo que él creía que manchaba su honor, preguntó a Peter:

—¿Desde cuándo está enamorado de mi mujer?

La cara de Peter se contrajo de ira. La duquesa bajó la cabeza, avergonzada por la sospecha que encerraba la pregunta.

En aquel momento entraron los criados, impidiendo que contestara Peter. Marcháronse.

—Repita la pregunta —dijo la duquesa indignada.

—No hace falta —atajó Peter—. La amo desde que era una niña. Desde entonces la he adorado.

Tales palabras fueron una revelación para Mamrey.

—¡Cric, cric! —exclamó.

MOMENTOS más tarde el duque entraba en el cuarto de su esposa. Sufrió terriblemente. En su concepto, su honor peligraba.

—Duquesa —dijo—. Supongo que no es necesario que le advierta el camino que debe seguir una buena esposa. Sobre tu vida y sobre la de él, te pido que no le veas más. —Así lo haré.

El duque salió del dormitorio. Mamrey lloraba desconsoladamente, echada sobre el lecho. Abrióse la puerta y Peter entró precipitadamente. La tomó entre sus brazos y dijo:

—¡Huyamos!

Contestó negativamente la duquesa. Algo pesaba sobre ella; su lealtad hacia el duque, Huir, no. Nunca más volvería a verle. Sería terrible para ambos volverse a ver. Peter, cegado, arguyó que no le amaba, como él a ella. Sin palabras, la duquesa abrió un cajón y sacó de él el vestido desgarrado en el día de su partida de París y la muñeca rota.

—Pero... te casaste —respondió Peter a su muda defensa.

—Un sacrificio más, queriéndote como te quiero.

—¡Oh, Mamrey! —exclamó Peter, cogiéndola entre los brazos y besándola.

—Bonita escena —interrumpió una voz.

Era el duque, armado con una pistola.

—Bonita escena, para un marido, Mamrey —dijo con frío tono—. Te voy a dar una oportunidad que ningún Towers te hubiera dado. Abázate a tu amante —ordenó apuntándole.

Peter apartó bruscamente a la duquesa y con un ágil salto asió una silla y la arrojó contra el duque en el mismo momento que éste disparaba. El duque cayó muerto.

Peter y Mamrey se miraron a los ojos. En el corredor se oían unos pasos apresurados. Fuertes golpes fueron dados en la puerta. Estrecharon fuertemente sus manos.

LA separación fué terrible para Peter. Toda la vida había soñado con el encuentro y posesión de su amada, y cuando ya la tenía junto a sí, próxima, palpante, una nueva fuerza tan potente o más que las circunstancias, les tornaba a separar. La ley, implacable, muda, había condenado a cadena perpetua a Peter.

Una mazmorra, por mejor nombre celda, extendía su techo sucio y plagado de telarañas, sobre Peter. La mirada cansada de éste lo contemplaba sin cesar hacia unos cuantos días. Su fijeza era inconsciente, una especie de atontamiento muscular debilitaba su

(Termina en la página 6)

¿Ingenua...?



Una ingenua es, en la vida real, una muchacha de su casa, modesta, recatada, que se vería en trance embarazoso si un descuido o cualquier circunstancia de la vida la obligase a mostrar dos dedos más arriba del tobillo. Pero en el cine la cosa cambia. Una ingenua, pongamos por caso a Jean Parker, se deja sorprender por el fotógrafo en deshabillé o poniéndose las medias y no la preocupa; antes parece que le agrada... exactamente como a nosotros.

[Fotos M.-G.-M.]



FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya

WARNER
BAXTER

